

KORIMBA.COM
WOODY ALLEN
SI LOS IMPRESIONISTAS HUBIERAN SIDO DENTISTAS

(Una fantasía que explora la transposición de temperamento)

Querido Theo:

¿Me tratará alguna vez la vida con decoro? ¡La desesperación me abrume! ¡La cabeza me va a estallar! ¡La señora de Sol Schwimmer piensa demandarme porque le hice el puente tal como sentía y no a la medida de su ridícula boca! ¡Nofaltaría más! ¡Yo no puedo trabajar por encargo como un simple tendero! ¡Decidí que su puente tenía que ser enorme y ondulante, con dientes fieros, explosivos que refulgiesen en todas direcciones como llamaradas! ¡Y ella alterada porque no le cabe en la boca! ¡Es tan burguesa y estúpida, quisiera destrozarla! ¡Intenté encajar la prótesis como pude, pero le asomaba como una araña de cristal que se hubiese estrellado contra el suelo! A pesar de ello, me parece hermoso. ¡Y ella se queja de que no puede masticar! ¡A mí qué me importa que pueda masticar o no! ¡Theo, no soportaré esto mucho tiempo! Le propuse a Cézanne que compartiese la consulta conmigo, pero está viejo y débil e incapaz de sostener el instrumental y hay que atárselo a las muñecas, pero le falta entonces precisión y en cuanto llega a la boca hace saltar más dientes de los que salva. ¿Qué puedo hacer?

Vincent

Querido Theo:

He sacado varias radiografías dentales esta semana que parecen buenas. Degas las vio pero se mostró severo. Dijo que la composición era mala. Todas las caries se arracimaban en el ángulo inferior izquierdo. ¡Le expliqué que así es cómo era la boca de la señora Slotkin, pero no quiso escucharme! Dijo que detestaba los marcos y que la caoba era un material excesivamente monolítico. ¡En cuanto se marchó, los hice trizas! Por si esto no fuera suficiente, intenté extirparle una raíz a la señora Wilma Zardis, pero a mitad del trabajo me abatió el desaliento. ¡Comprendí de pronto que extirpar raíces no era lo que yo quería hacer! ¡Me sentí enrojecer y me dio vueltas la cabeza! ¡Salí huyendo de la consulta para respirar aire libre! Estuve sin sentido durante varios días y desperté a orillas del mar. Cuando regresé, la paciente seguía aún en el sillón. Acabé el trabajo con su boca aun cuando nada me obligaba, pero no tuve ánimos para firmarlo.

Vincent

Querido Theo:

Una vez más me hallo falto de fondos. Ya sé que soy una gran carga para ti, pero ¿a quién puedo recurrir? ¡Necesito dinero para mis materiales! Estoy trabajando ahora casi exclusivamente con laca dental, improviso sobre la marcha, y los resultados son animadores. ¡Dios mío! ¡No me queda ni para comprar novocaína! ¡Hoy arranqué una muela y tuve que anestesiar al paciente leyéndole un trozo de Dreiser! ¡Auxilio!

Vincent

Querido Theo:

He decidido compartir la consulta con Gauguin. Es un excelente dentista, cuya especialidad son los puentes, y parece simpatizar conmigo. Se mostró muy lisonjero sobre mi trabajo con el señor Jay Greenglass. Quizá lo recuerdes, le empasté el séptimo diente inferior, pero luego no me gustó y quise quitárselo. Greenglass se negó terminantemente y acabamos en los tribunales. Como la propiedad se podía discutir legalmente, por consejo del abogado, puse pleito exigiendo astutamente la dentadura completa y la sentencia me concedió el empaste. ¡Bueno, el caso es que alguien lo vio en un rincón de la consulta y quiere presentarlo en una exposición! ¡Y hablan ya de dedicarme una retrospectiva!

Vincent

Querido Theo:

Creo que tener consulta común con Gauguin ha sido un error. Es un perturbado. Bebe absenta en enormes cantidades. Al echárselo en cara, se puso furioso, y arrancó de la pared mi diploma de doctor en odontología. En un momento de mayor sosiego, le persuadí de que empastase dientes al aire libre y trabajamos en un prado donde dominaban verdes y amarillos. Él le puso fundas a la señorita Ángela Tonnato y yo le hice un empaste provisional al señor Louis Kaufman. ¡Allí estábamos, trabajando juntos al aire libre! ¡Filas de dientes cegadoramente blancos que brillaban a la luz del sol! Luego hubo un soplo de viento y el bisoné del señor Kaufman fue a parar a unos matorrales. Al lanzarse en su busca, tiró al suelo el instrumental de Gauguin. Éste me echó a mí la culpa y trató de golpearme, pero empujó por error al señor Kaufman, haciéndole caer sentado encima del torno. El señor Kaufman rebotó junto a mí como

una exhalación, arrastrando con él de paso a la señorita Tonnato. La conclusión, Theo, es que Rifkin, Rifkin, Rifkin y Meltzer me han embargado el sueldo. Envíame todo lo que puedas.

Vincent

Querido Theo:

Toulouse-Lautrec es el personaje más triste del mundo. Ansia más que nada ser un gran dentista, y tiene auténtico talento, pero es demasiado bajo como para alcanzar la boca de sus pacientes y demasiado orgulloso como para subirse encima de algo. Estirando los brazos sobre su cabeza, busca a ciegas los labios, y ayer, en vez de ponerle fundas a las muelas de la señora Fitelson, le enfundó la barbilla. Entretanto, mi viejo amigo Monet se niega a trabajar con bocas que no sean muy, muy grandes, y Seurat, que es muy puntilloso, ha perfeccionado un método para limpiar los dientes de uno en uno hasta conseguir lo que él llama «una boca completa, pura». Hay una solidez arquitectónica en ello, pero ¿se le puede llamar odontología?

Vincent

Querido Theo:

Estoy enamorado. Clara Memling vino la semana pasada para que le hiciera una profilaxis bucal. (Le envié una tarjeta para advertirle de que habían pasado seis meses desde la última limpieza, aunque sólo eran cuatro días.) ¡Theo, me enloquece! ¡El deseo me posee! ¡Su mordedura! ¡Nunca he visto una mordedura semejante! ¡Sus dientes encajan de un modo perfecto! ¡No como los de la señora Itkin, cuya mandíbula inferior sobresale tres centímetros con relación a la superior, lo cual la hace parecer un licántropo! ¡No! ¡Los dientes de Clara al cerrarse se engarzan! ¡Y cuando esto sucede comprendes que hay un Dios! Y sin embargo no es demasiado perfecta. No es tan impecable que acaba por resultar sosa. Hay un vacío entre sus muelas inferiores novena y undécima. La décima la perdió durante la adolescencia. De repente y sin aviso previo se le picó. Le fue extirpada con cierta facilidad (de hecho se le cayó mientras hablaba) y nunca se le puso otra postiza. «Nada puede remplazar a una décima muela», me confió. «Era más que una muela, había sido toda mi vida hasta aquel momento.» Mientras se hacía mujer raras veces se volvió a mencionar la muela, y creo que estaba más que deseosa de hablar de ella conmigo porque tiene confianza en mí. Oh, Theo, la amo. Estaba hoy observando el interior de su boca y me sentía otra vez un nervioso e inmaduro estudiante de odontología, que maneja con torpeza espejos y compresas. Luego la rodeé con mis brazos, para enseñarle a cepillarse los dientes

correctamente. La adorable tontuela estaba acostumbraba a sostener el cepillo inmóvil y menear la cabeza de un lado para otro. El próximo jueves le daré cloroformo y le pediré que se case conmigo.

Vincent

Querido Theo:

¡Gauguin y yo nos hemos peleado una vez más y se ha ido a Tahití! Estaba llevando a cabo una extracción cuando le distraje. Su rodilla estaba apoyada en el pecho del señor Nat Feldman y tenía el molar superior derecho de éste cogido con los alicates. Mientras se producía el forcejeo habitual, tuve la desgracia de entrar para preguntarle a Gauguin si había visto mi sombrero de fieltro. Distraído, Gauguin perdió presa en el diente y Feldman aprovechó tal desliz para saltar del sillón y salir huyendo de la consulta. ¡Gauguin se puso frenético! Me tuvo con la cabeza metida durante diez minutos dentro de la máquina de hacer radiografías y transcurrieron varias horas hasta que conseguí parpadear de nuevo con los dos ojos a un tiempo. Ahora me siento solo.

Vincent

Querido Theo:

¡Todo se ha perdido! Al ser hoy el día en que pensaba pedirle a Clara que se casase conmigo, me sentía un poco en vilo. Ella estaba espléndida con su vestido de organdí blanco, su sombrero de paja y sus encías regresivas. La tenía en el sillón, con el torno dentro de su boca, y mi corazón palpitaba estruendosamente. Intenté crear un clima romántico. Tras amortiguar las luces, procuré dirigir la conversación hacia temas alegres. Los dos tomamos un poco de cloroformo. Cuando el momento me pareció el adecuado, la miré derecho a los ojos y dije: «Por favor, enjuágate.» ¡Y ella se rio! ¡Sí, Theo! ¡Se rio de mí y luego se puso furiosa! Gritó: «¡¿Crees que voy a enjuagarme por un hombre como tú?! ¡Estás de guasa!». Y yo imploré: «Por favor, no me has entendido.» Ella replicó: o ¡Ya lo creo que te he entendido! ¡Nunca me enjuagaría con nadie que no fuera odontólogo ortodontista titulado! ¡Vaya, mira que creer que yo iba a enjuagarme aquí! ¡Aléjate de mí!». Y salió corriendo entre lágrimas. ¡Theo! ¡Quiero morir! ¡He visto mi cara en el espejo y voy a aplastarla! ¡Aplastarla! Espero que estés bien.

Vincent

Querido Theo:

Sí, es cierto. La oreja que venden en Fleishman y Hermanos es mía. Ya sé que he cometido una estupidez, pero quería regalarle algo a Clara por su cumpleaños el sábado último y estaba todo cerrado. Oh, en fin. Hay veces que quisiera haberle hecho caso a papá y ser pintor. No es que resulte muy emocionante, pero se lleva una vida metódica.

Vincent